

Pero la crítica más clara hacia el estado social y económico absurdo, es la carta dirigida por Salvador al presidente del Instituto de Previsión Social, en donde un breve cuento, como fábula oriental, se desliza con sencillez:

“Describió (un familiar marinero de Salvador) un espléndido jardín zoológico particular, donde cada grupo de animales —millares de Asia, África, Oceanía, de todas partes— tiene cuidador, veterinario y dietista propios, para controlarles la salud, el crecimiento, la alimentación y el adecuado desarrollo emocional. Para los animales de climas gélidos, existen servicios de acondicionamiento de la temperatura, lagos artificiales. Para los de climas tropicales, sistemas correspondientes, etc. “¿Parece un sueño, verdad? Pero lo que más le llamaba la atención era el marcado contraste con el tratamiento brindado a los seres humanos: en la misma residencia del magnate propietario del jardín fabuloso, morían continuamente los hijos de los criados, por falta de alimentos y medicinas. Al fin y al cabo, parece que un niño no es tan ornamental como un bello pájaro” (pág. 150).

La novela *Los rostros del miedo* llevará al lector el calor que brota de sus páginas. Con ello, se ocultan las imperfecciones de lenguaje y la variedad de recursos narrativos. El espíritu observador, el humorismo recio, la mención directa, acompañan a la historia de Trinidad, Pelo y Barba, los Rendón, Amparo, Salvador e Ismael, cada uno con su rostro testificador de la inseguridad y la injusticia.

*Benjamín Rojas Piña.*

<https://doi.org/10.29393/At396-58LOLD10058>

*Los obstáculos*, poemas de ARMANDO URIBE ARCE.  
Edición Adonais, Madrid, 1961.

Los términos Poesía y Crítica no son antinómicos entre sí: se complementan y armonizan por paradoja. Y constituyen unidad cuando el poeta se convierte —demiurgo multifacético— a su vez, en crítico o antologista. La crítica *en sí* no es nada más que un acto poético de revelaciones imprevistas, de poderes ocultos al común de los mortales: sensibilidad, imaginación crítica, estilo, cultura, componen aspectos no desdeñables en el crítico-artista. Otros, en cambio, se esfuerzan en demasía en negar estos imponderables.

Todo esto lo decimos pensando en los que —viniendo de la poesía— en la poesía —hemos incursionado en el difícil arte de no hacerle la autopsia a la obra literaria dejando a media costura las vísceras, desfigurando la arquitectura de la poesía y del poeta en un juego de caza— con la casuística de un formalismo analítico —sino que más bien con la ponderación de los valores que —en la penumbra o a la luz radiante y cegadora— merecen un acercamiento en simpatía. No olvidamos la *crítica* de los poetas chilenos a otros poetas chilenos: análisis ajeno a simples panegíricos han distinguido a los poetas Luis Oyarzún al estudiar a Gabriela Mistral; a Eduardo Anguita al darnos un juicio certero sobre el creacionismo de Vicente Huidobro; a Fernando Durán, al poner su penetrante visión de poeta junto a la obra de Pedro Prado; a Rosamel del Valle, serio auscultador de la obra de Hum-

berto Díaz Casanueva; a Roque Esteban Scarpa, antologista y poeta-crítico de libros meditados, y a otros que ahora —y sin rubor— no olvidamos por la cercanía con estas palabras.

Y esto a propósito de los *Obstáculos* de Uribe Arce: pensando en su actitud de poeta que no se deja seducir por la ocarina de la gracia que resuena una melodía dulce y peligrosa. Es el caso del poeta que —en última o primera instancia— se crea los obstáculos que le permitan ejercitar su estro creador. No teme a la crítica —menos al ensayo—: ha aprendido también junto al rigor de los códigos, el rigor de un juego poético en el cual la retórica convencional sufre en su cuello de cisne siempre rejuvenecido un lento desdén, cierto morir por la prescindencia. Y él es poeta que se atreve a no eludir el análisis de otros autores. Leíamos recién su artículo sobre el Príncipe de Lampedusa y su obra —particularmente su *Gatopardo*— y esperamos su ensayo sobre el poeta italiano Montale. ¿Qué sucede con los poetas de Chile? ¿Desean acaso suplantar el oficio de la crítica? ¿No temen a las Furias?

Nos atrevemos a equivocarnos con el mismo desenfado que ponen los sabios en volver a empezar el artilugio de sus alquimias.

Aquí ahora la poesía de Armando Uribe Arce: recrea la realidad con asociaciones inhabituales —con ojo virginal. El maravillamiento proviene de la zafadura que el poeta hace de todo convencionalismo; adereza su canto dentro de una concepción modernísima, como irreverente con tradiciones y tan cerca de ella, sin embargo.

En el mundo que alumbra Uribe Arce: el universo de lo minúsculo, de lo inencontrable —no asistimos a una exuberancia metafórica. Breves poemas —algunos de seis palabras en aliteración— le bastan para crear la sugerencia en ese ejercicio de síntesis, ahí donde otros desbocan los mil caballos de fuerza adjetiva. De allí los obstáculos, esos obstáculos que —al decir del poeta— los recrea, remontando la significación última de las cosas, su cabal esencia.

En esa reconstrucción de la realidad, logra el objeto estético con dominio de las formas. Subyace en su obra un humor que se gesta del choque entre la realidad y la fantasía muy original. En algunos poemas logra esa síntesis de recuerdos orientales:

*Es natural morir cuando la carne  
se hace naturaleza. Amaría  
un vasto fluir de aguas,  
y el vello, césped florido.*

(Es Natural Morir)

Y el tema del morir ronda en estos obstáculos como un signo muy elocuente en el cual los juegos prefiguran la realidad honda, definitiva del ser humano: dice en el poema *Debo beber el vino: El mantel que me tienden es sudario*. Así Armando Uribe va recreando esos juegos —armando y desarmando su lúdica forma de conocer y maravillarse.